

Cuando los partidos olvidan su misión

Por Álvaro Pezoa, Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U. de los Andes

Cada cierto tiempo resurgen voces que proclaman el agotamiento de los partidos políticos. La creciente desconfianza ciudadana, el auge de los liderazgos personalistas y el poder de las redes sociales parecen reforzar la idea de que estas organizaciones se han convertido en un obstáculo más que en un instrumento para la democracia. Sin embargo, el problema quizás no radica en su existencia, sino en el progresivo abandono de su misión.

Como advierte Rafael Alvira en *El dogma democrático*, la democracia no puede reducirse a un simple mecanismo para agregar preferencias individuales ni a una competencia permanente por el poder. Su estabilidad depende de la existencia de instituciones intermedias capaces de articular el bien común, moderar los conflictos y transformar las múltiples demandas sociales en proyectos políticos coherentes. Entre ellas, los partidos ocupan un lugar insustituible.

Cuando una tienda política deja de ser una comunidad de convicciones para convertirse en un simple mecanismo para agregar preferencias individuales ni a una competencia permanente por el poder. Su estabilidad depende de la existencia de instituciones intermedias capaces de articular el bien común, moderar los conflictos y transformar las múltiples demandas sociales en proyectos políticos coherentes. Entre ellas, los partidos ocupan un lugar insustituible.

Cuando una tienda política deja de ser una comunidad de convicciones para convertirse en una mera maquinaria electoral, comienza a perder su legitimidad. Si su principal objetivo pasa a ser conservar cuotas de poder, controlar la agenda pública o asegurar la próxima elección, la deliberación política termina subordinada al cálculo estratégico. En ese momento, la ética deja de orientar la política y la política comienza a instrumentalizar la ética. Esta transformación tiene consecuencias profundas. La representación se debilita porque los ciudadanos dejan de sentirse interpretados; el debate público se empobrece porque las diferencias se reducen a consignas; y la confianza institucional se erosiona porque las decisiones parecen responder más a intereses particulares que al bienestar general.

La democracia liberal necesita partidos, pero no simplemente agrupaciones eficaces desde el punto de vista electoral. Los requiere con identidad intelectual, capaces de formar dirigentes, cultivar virtudes cívicas, sostener principios incluso cuando resultan políticamente costosos y reconocer la validez del adversario. Una democracia sin partidos sólidos corre el riesgo de quedar a merced de movimientos efímeros, del populismo o de liderazgos edificados exclusivamente sobre la aprobación del momento.

Además, los partidos no solo representan a la ciudadanía; también contribuyen a educarla políticamente. La forma en que discrepan, acuerdan y ejercen el poder, moldea la cultura democrática. Si normalizan la descalificación permanente, la polarización extrema o la posverdad, terminan deteriorando el acervo moral de la sociedad.

La crisis de confianza que afecta a muchas democracias probablemente no se resolverá sin partidos, sino con organizaciones capaces de recordar que el poder nunca constituye un fin en sí mismo, sino un medio para servir al bien común. La calidad de una democracia depende de menos de la perfección de sus reglas que del nivel moral de quienes las encarnan.

Opinión

Edición papel digital

De lo doméstico a lo complejo

Magdalena Browne
Decana Escuela de Comunicaciones UAI
y presidenta de ComunidadMujer



La principal amenaza de la democracia no es la violencia ni la corrupción, sino la simplicidad", plantea Daniel Innerarity al iniciar su libro *Una teoría de la democracia compleja* (2020). Este peligro se intensifica en la política de dos modos: con la comprensión de las transformaciones de la sociedad y con una mirada reducida y cortoplacista de las soluciones. La cuestión es cómo las instituciones y las políticas públicas enfrentan, a nivel global, nuevos fenómenos, renovando sus diagnósticos, políticas e instrumentos. Uno de esos desafíos que agremia enfrentar es la transición demográfica y, con ella, la llamada "crisis de los cuidados". En Latinoamérica, cuidar de los cercanos es reconocido como una de las cosas más significativas en la vida (LEAS-UAI), pero también de las más difíciles cuando no hay recursos de apoyo. Históricamente, esta labor ha sido invisible y no reconocida por las políticas públicas. El cuidado de niños y niñas, de personas mayores y con discapacidad ha sido relegado a lo doméstico y naturalizado como propio de las mujeres, aun cuando representa un 19,2% del PIB ampliado (ComunidadMujer, 2025).

La multiplicidad de roles de las mujeres, la baja en la tasa de fecundidad, las enfermedades crónicas y el envejecimiento poblacional incrementan la demanda de cuidados y reducen las personas disponibles para brindarlos (Cepal, 2022). Chile enfrenta así una crisis que impacta no solo la autonomía económica de las mujeres, sino también el bienestar de quienes reciben apoyo y quienes lo brindan.

Enfrentarla requiere un cambio de enfoque. No se puede partir de un diagnóstico simplista -asumiendo que el cuidado es asunto solo de las familias y las mujeres-, sino que exige una respuesta institucional eficaz, con evidencia, coordinada y territorial. Como plantea la revista *Duodolus* de la Universidad de Stanford, se necesita una mirada conjunta e interdisciplinaria para conformar la infraestructura del cuidado -leyes, instituciones, organizaciones y financiamiento-. Una sociedad que cuida se sostiene en una red que, siguiendo el "diamante" de la corresponsabilidad, debe incluir al Estado, el sector privado, la comunidad y la familia (Fernández et al., 2025).

Hay avances institucionales en Chile, aunque falta profundizarlos. Antes de que se formara la Comisión asesora del Plan Renace, a principios de año se promulgó la Ley del Sistema Nacional de Apoyos y Cuidados (SNAC), que reconoce el derecho al cuidado en tres dimensiones -a cuidar, a ser cuidado y al autocuidado- y supone redistribuir las tareas entre Estado, familias, comunidad y sector privado. El desafío del gobierno actual es que este marco no quede en lo declarativo: deberá, entre otros aspectos, resolver la gobernanza intersectorial, dictar reglamentos, focalizar y mejorar la oferta de programas vigentes -especialmente en regiones-, asegurar financiamiento sostenido y evitar que se siga reproduciendo la feminización de los cuidados. La voluntad que despliegue será, de paso, una señal de si asume este realmente como un problema complejo, que exige una política de Estado continua.

Cuando los partidos olvidan su misión

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad
Empresarial, ESE Business School,
U. de los Andes



Cada cierto tiempo resurgen voces que proclaman el agotamiento de los partidos políticos. La creciente desconfianza ciudadana, el auge de los liderazgos personalistas y el poder de las redes sociales parecen reforzar la idea de que estas organizaciones se han convertido en un obstáculo más que en un instrumento para la democracia. Sin embargo, el problema quizás no radica en su existencia, sino en el progresivo abandono de su misión.

Como advierte Rafael Álvarez en *El dogma democrático*, la democracia no puede reducirse a un simple mecanismo para agregar preferencias individuales ni a una competencia permanente por el poder. Su estabilidad depende de la existencia de instituciones intermedias capaces de articular el bien común, moderar los conflictos y transformar las múltiples demandas sociales en proyectos políticos coherentes. Entre ellas, los partidos ocupan un lugar insustituible.

Cuando una tienda política deja de ser una comunidad de convicciones para convertirse en una mera maquinaria electoral, comienza a perder su legitimidad. Si su principal objetivo pasa a ser conservar cuotas de poder, controlar la agenda pública o asegurar la próxima elección, la deliberación política termina subordinada al cálculo estratégico. En ese momento, la ética deja de orientar la política y la política comienza a instrumentalizar la ética. Esta transformación tiene consecuencias profundas. La representación se debilita porque los ciudadanos dejan de sentirse representados; el debate público se empobrece porque las diferencias se reducen a consignas; y la confianza institucional se erosiona porque las decisiones parecen responder más a intereses particulares que al bienestar general.

La democracia liberal necesita partidos, pero no simplemente agrupaciones eficaces desde el punto de vista electoral. Los requiere con identidad intelectual, capaces de formar dirigentes, cultivar virtudes cívicas, sostener principios incluso cuando resultan políticamente costosos y reconocer la validez del adversario. Una democracia sin partidos sólidos corre el riesgo de quedar a merced de movimientos efímeros, del populismo o de liderazgos edificados exclusivamente sobre la aprobación del momento.

Además, los partidos no solo representan a la ciudadanía; también contribuyen a educarla políticamente. La forma en que discrepan, acuerdan y ejercen el poder, modela la cultura democrática. Si normalizan la descalificación permanente, la polarización extrema o la posverdad, terminan deteriorando el acervo moral de la sociedad.

La crisis de confianza que afecta a muchas democracias probablemente no se resolverá sin partidos, sino con organizaciones capaces de recordar que el poder nunca constituye un fin en sí mismo, sino un medio para servir al bien común. La calidad de una democracia depende menos de la perfección de sus reglas que del nivel moral de quienes las encarnan.

LT latercera.com

Declaración de Intereses en
www.gruposopn.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesvi S.A.

Atención a suscriptores
en su correo virtual
lt@lateral.com



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 77

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus opiniones al contenido o
cobertura del diario a:
lectores@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1400 caracteres con
espacios a:

lt@lateral.com

o al aviso@latercera.com

La Tercera se reserva el derecho a editar los
textos ajustados conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a la
exigencia de un lenguaje respetuoso y sin
discriminaciones. Las cartas recibidas no
son devueltas.

ESPACIO ABIERTO

Brexit: una década de autogoles

Javier Sajuria
Profesor de
Ciencia Política
Queen Mary University



Hace un poco más de 10 años, el Reino Unido dio una sorpresa y votó por salirse de la Unión Europea. Eso dio inicio al proceso del Brexit, uno de los más grandes daños que se ha autoinfligido este país. Una década después, una mayoría se alza para recuperar los vínculos con Europa, incluso volver a integrarse a la UE. Pero quizás lo más interesante es cómo el daño que ha producido el Brexit en el Reino Unido ha logrado desinflar al movimiento euroescéptico en otros países, lo que sumado a la guerra de Ucrania y la hostilidad de Trump, ha cambiado los equilibrios políticos del bloque.

Lo primero es constatar que hay un cambio dentro del electorado británico sobre el Brexit. Hoy, una mayoría está de acuerdo con la idea de que fue una mala decisión, mientras que un porcentaje similar buscaría acercarse más a la UE. Sin embargo, esto se explica más por cambios demográficos que por un verdadero arrepentimiento. Así, la mayoría de las encuestas muestran que quienes eran los votantes más duros a favor del Brexit lo siguen siendo, solo que no están felices de cómo se ha implementado. No es claro si estas personas cambiarían de opinión si se presenta otra oportunidad. En cambio, en la medida en que el electorado británico se vuelve más joven, la proporción de quienes quieren volver a la UE aumenta. Esto se suma a los anuncios del gobierno británico de reemplazar una serie de acuerdos de movilidad para jóvenes, incluido el programa Erasmus.

Estos cambios de opinión no son solo un reflejo de preferencias individuales, sino de que la realización del Brexit ha generado un daño casi irreparable en la economía británica. A pesar de que los sucesivos gobiernos han logrado reemplazar un número importante de tratados de libre comercio que fueron perdidos con el Brexit, la confianza y la importancia de la economía británica en el mundo ha disminuido. El Reino Unido fue

una de las economías a las que más les costó recuperar los niveles de crecimiento prepanorama, mientras que un reciente estudio académico mostró que el costo ascendió hasta un 8% del PIB nacional. Todo esto fue advertido por los expertos, pero ignorado por los proponentes del Brexit.

El otro efecto importante ha sido en la Eurozona. A los pocos meses del Brexit, los movimientos euroescépticos, usualmente relacionados con sectores de ultraderecha y ultrainjerencia, empezaban a proponer sus propias retiradas de la Unión Europea. Esto fue bienvenido por Rusia, que ve como un objetivo la debilidad del proyecto europeo y la OTAN. Sin embargo, con el paso de los años, los movimientos euroescépticos se han vuelto cada vez más cautos. Por un lado, ven el ejemplo del Brexit como un fracaso en la opinión pública, en la que se ha afirmado la idea de un apoyo a la UE. Eso ha sido alimentado por los continuos ataques de Rusia a ella. Esta reducción del atractivo del euroescéptismo no ha significado una merma electoral para la ultraderecha, sino que una adaptación de sus estrategias. Con todo, el Brexit se ha convertido en uno de los daños autoinfligidos mejor reportados en la historia reciente, uno del que han aprendido hasta sus mismos proponentes.